

Debieron los godos poner remedio á este mal, pero les ofuscaba su poderío, cometieron injusticias y perfidias, reinó la corrupcion, perdióse el respeto á la monarquía, faltaron dignidad y valor á la nobleza, virtudes al clero, cundió la desorganizacion, los partidos se hicieron irreconciliables, y apoderada la gangrena de todo el cuerpo social, sonó la última hora del imperio godo.

No era nuevo entre ellos apelar al extranjero en sus contiendas. Sisenando derribó á Suintila con la ayuda de Dagoberto, rey de Francia, y Froya se valió del mismo medio, aunque no consiguió idéntico fin, contra Recesvinto.

Con tales ejemplos, los postergados hijos de Witiza con don Julian y el obispo don Oppas, ofuscados por la ambicion, y ciegos por la venganza trajeron en su ayuda los árabes, que cuatro años antes habian sido derrotados en Ceuta por el mismo conde.

Necesitó ser persuadido Muza, por su vencedor, para atreverse á ir enviando fuerzas aunque recelosamente á España, con objeto de ver si la empresa era tan fácil como se la habia pintado. Convencido de esta verdad, introduce por el Estrecho algunas huestes al mando de Tarik, acom-

Como no habia amalgamado razas, no podia haber unidad ni fuerza en el Estado: la nacion la componia solo la gente goda. Cuando los sarracenos vinieron á la Península como auxiliares de los que combatian al partido que habia elevado al trono al rey don Rodrigo, los hispano-romanos no vieron en esta lucha mas que la guerra civil entre sus opresores. Cruzados de brazos presenciaron la lucha, porque el triunfo de cualquiera de los dos partidos les era indiferente. No ganando nada en el cambio, vieron impasibles como aquellos se desgarraban entre sí. Los sarracenos aprovechándose del estado de honda division y encarnizado encono que existia entre los godos, y de la indiferencia de las razas por estos subyugadas, se convirtieron fielmente de auxiliares en dominadores. He aquí la principal causa porque se destruyó sin resistencia el imperio de los godos.»

(Muñoz, *Discurso de recepcion en la Academia*).

TERCERA SERIE.—1868.

pañado del conde don Julian, y en abril de 711, cuando la primavera vestia sus galas en la hermosa Bética, unos 25,000 musulmanes desafian el poder de los godos. Eran pocos, pero contaban con la discordia de sus enemigos y el enervamiento que lleva consigo la corrupcion.

La raza ibera, tantos años sometida á la servidumbre de extranjeros, no tenia propiedad que defender, derechos que conservar, ni gratitud siquiera á sus señores, y se cruzó de brazos. El pueblo, entonces, no era clase, y los que en nada le tenían, nada podian con razon esperar de él.

Teodomiro que gobernaba la Andalucía, hizo frente á los invasores con escasas fuerzas, pero fué arrollado, y escribió entonces á don Rodrigo, que acudiera presuroso en su auxilio. Hízolo éste último, y transigiendo con los hijos de Witiza y sus partidarios, que fingieron olvidar sus rivalidades, presentóse con cien mil hombres á orillas del Guadalete donde estaba el invasor.

Superiores en número los godos, no vacilan en acometer, y los árabes fanatizados por su religion y engreidos por sus triunfos, lanzáronse con brio al combate, que duró encarnizado todo el dia, largo como de fines de julio, 711; renovóse á la aurora del siguiente, y se bregó con no menos encono; repitióse el tercero, y cuando la victoria comenzaba á inclinarse al lado de Rodrigo, que procuraba borrar con heroico valor sus culpas, y se mostraba donde mayor era el peligro en su carro de marfil, ceñida la corona y la clámide de púrpura y oro sobre los hombros, le abandonaron traidoramente los partidarios de Witiza, triunfan los árabes, y ya se perdiera Rodrigo en las aguas del Guadalete, ó atravesado por Tarik, es lo cierto que solo ha quedado la memoria de tan desventurado monarca. Teodomiro se retiró con los restos del ejército para capitular como rey, algun tiempo despues en Orihuela, la antigua Orcilis.

Traidores los Witizas, lo fueron á su vez los musulmanes con ellos.

TOMO XXVI 2.

Ya estaban en poder de Tarik algunas ciudades, cuando Muza, animado por el suceso y estimulado por la rivalidad, desembarca en Calpe, divide en tres su ejército, y por el centro y por las costas del Mediterráneo y por las del Occéano y la Lusitania, avanzan todos, y subdividiéndose despues estos ejércitos llegan por un lado á Asturias, por otro á los Pirineos, por el Oriente á Cataluña: efectuada así la conquista de España, quedó bajo el mando de Abdelaziz.

En poco más de tres años, conquistaron los árabes lo que costó á los romanos siglos enteros de sangrienta lucha, y brilló la media luna desde el Indo á los Pirineos. No tuvieron época más gloriosa los sectarios de Mahoma.

Exageran conocidamente los cronistas antiguos cuando nos pintan la total destruccion de los países invadidos por los musulmanes, suponiendo que llevaban cautiva una poblacion tres veces mayor que las huestes invasoras, sin comprender que á estos no les interesaba aniquilar los pueblos, porque necesitaban de ellos para que produjesen. Los mismos historiadores se contradicen, como observa Herculano. El Monje de Silos asegura que el *haadjad* devastó las ciudades y castillos y despobló todo el país hasta llegar á las cercanías del mar en el Occidente de España; añadiendo que Almanzor hizo tributarios los territorios que conquistó: bien sabia, sin embargo, que los yermos no tributan.

El primer período del dominio de los árabes es una transaccion con la religion, usos, leyes y costumbres de los naturales, y más que conquista parece propaganda: no pudiendo hacer musulimes á los vencidos los hacian tributarios, como lo aconseja su doctrina, y lo exijia su interés para no provocar una resistencia temida. Así que, el cuidado preferente de los árabes al conquistar una poblacion era erigir una mezquita, y como indispensables accesorios

construir un hospital y una escuela gratuita.

Los que esto hacian, distaban mucho de ser los crueles invasores que nos cuentan las viejas crónicas, los bárbaros de que hablan antiguos documentos. Pero eran enemigos, y se necesitaba sostener el odio de raza y de clase para pelear, y ese odio sucedió al terror de los primeros tiempos, y desapareció en parte, cuando la reaccion comenzada oscuramente en las Asturias se fué extendiendo hasta que á fuerza de una lucha constante y de señalados triunfos iba quedando el campo por los cristianos.

No es fácil, en vista de los escasos documentos de la época, averiguar cuales fueron las cargas impuestas á estos últimos, pero hay razones para creer que serian más ó menos pesadas segun la mayor ó menor codicia de los gobernadores y los apuros de las circunstancias, lo cual ha sucedido siempre. Habia diferencia entre los cristianos sujetos á viva fuerza, y los que voluntariamente se habian sometido, exigiéndose de los primeros, por lo comun (1) la quinta y de los segundos la décima parte de sus rentas. Los recaudadores cometian fraudes y ejecutaban exacciones indebidas, pues segun vemos en algunos historidores, El Horr mandó hacer rigurosas pesquisas obligando á los recaudadores infieles á devolver el dinero mal invertido ó injustamente cobrado.

A los árabes debió parecerles un sueño la conquista de España, donde se encontraron con ciudades populosas y magnificas, tierras que nada tenian que envidiar á las más fértiles y bellas del Africa, y un cielo en el que los astros brillan con el fulgor que en el suyo. Decian de España que «es superior á la Siria por la belleza del cielo y de la tierra, á la Arabia Feliz por la dulzura del clima, al Indostan por sus flores y

(1) Decimos por lo comun, porque al ser conquistada Zaragoza se impuso tan extraordinaria contribucion de guerra, que para pagarla, tuvieron sus moradores que vender sus alhajas y las joyas de los templos.

perfumes, al Egipto por sus frutos, y á la China por sus metales preciosos.» ¡Qué mucho, pues, que la embriaguez de su alegría les hiciera ser más benéficos y más guardadores del humanitario precepto de su religion para con los enemigos!

«Las glorias de nuestro país habian sido compartidas hasta ahora con otros pueblos, los cartagineses, los romanos, los godos: desde este momento serán exclusivamente españolas, porque existirá un verdadero tipo peninsular (1).»

Los nobles visigodos y gente acomodada no abandonaron sus haciendas y casas en la invasion agarena, y se sometieron á pagar al vencedor el impuesto, á trueque de que éste respetase sus propiedades y religion.

Los que se acogen á Asturias, pregunta uno de nuestros sabios académicos (2), ¿son todos godos? ¿Quién, bajo de ellos constituye el pueblo? ¿Es la humilde raza provincial romana, ó respiran allí todavía los antiguos astures de uno y otro lado de los montes, y los cántabros indómitos, y los libres vascos? ¿Vive el espíritu suevo recordando su reino, y tenaz resistente contra toda otra dominacion, sea cual fuese, que impere en el resto de España (3)?

(1) Moreno Lopez.

(2) Sabau.

(3) «Cuestiones son estas que están poco ilustradas. Sin embargo, y por mas que el heroico espíritu de las razas naturales se hubiera al fin acallado á los reiterados golpes del inmenso poder y constante política de Roma, bien podemos creer que allí no quedó solamente raza esclava provincial romana, cuando muchos siglos despues vemos razas primitivas españolas. Pudieron algunas otras cambiar de usos, de hábitos, de lengua, pero quizá no de carácter y naturaleza. Y es lo cierto, que despues de la llegada de los pueblos bárbaros, durante la dominacion de los godos, aquellos países dan muestras de la perseverancia en ellos del espíritu independiente de sus antiguas razas. Los advenedizos suevos tambien son independientes hasta tiempos muy cercanos, y otra vez protestan con las armas que no nacieran para ser fácilmente dominados.

No fueron ciertamente los godos quienes con hogar, familia y hacienda se sometieron al vencedor, por no perderlo todo y porque no habia cabeza ni núcleo de resistencia: ilustrados escritores suponen que el renacimiento fué de la sociedad romana, y que Pelayo el Rumi era de origen romano-latino, no godo. Pero si la antigua sociedad española no fué absorbida por cartagineses, romanos, ni godos, y estuvo con todos en constante lucha, fué la que no quiso someterse á los musulmanes: era la antigua raza española la que protestaba, importando poco que este ó el otro jefe perteneciese á tal ó cual raza.

Cuestionase tambien si fué gente pobre ó acomodada la que se refugió en Asturias, fundándose unos en que no teniendo los primeros nada que perder ni temer de los vencedores permanecieron con ellos; y otros en que se alzó la gente pobre con esperanzas de libertad y mejoramiento. Pero si estudiamos detenidamente la historia, veremos que Toledo y casi todas las poblaciones que capitularon con los árabes, lo hicieron por salvar sus haciendas, por conservar el hogar y la familia. Los pobres no poseian bienes, pero era grande su fé: no tenian hogar, pero sí patrio-

«En 573 los cántabros se rebelaron contra los godos, imperando Leovigildo, el mas temible de sus monarcas.

«Los suevos los auxiliaron.

«Los vascos tambien proclamaron su independencia contra Leovigildo, y tenaces, por no sufrir su yugo, parte de ellos pasaron los Pirineos, y formaron la Vasconia ó Gascuña de Aquitania. Otra vez los vascos se rebelaron contra Gundemaro, y otra vez contra Suintila, que triunfó de ellos con grande aparato.

«Tambien los astures y los rucones se levantaron contra Sisebuto, y hubieron de acudir dos ejercitos al mando de Suintila y de Rechila para sujetarlos.

«Todavía en los últimos tiempos del imperio gótico los astures se sublevaban, con los vascos y gran parte de los navarros, contra Wamba.

«Si allí no estaban las antiguas razas, independiente é indómito era el espíritu de las que habia como lo fué antes. Y siempre, aun despues de la restauracion en los siglos adelante, continuaron aquellos pueblos con idéntico carácter.»

tismo; y cuando en las montañas de Asturias, no holladas por los árabes, se empezó á formar el núcleo de resistencia, acudieron primero con el Arca Santa los de abundante fé, y los de corazon cuando comenzó la lucha.

El pueblo puso los cimientos de nuestra independencia, de nuestra nacionalidad: el pueblo formó una nueva sociedad, porque estaba corrompida la de los visigodos, y como todo tenia que fundarse peleando, el valor fué la base de todo, como lo fué de la nueva nobleza. No dejaron de huir de los invasores algunas gentes acomodadas, como obispos, sacerdotes, monjes y labradores; pero gran parte de estos ganó la Septimania, procurando más que resistir ponerse en salvo.

Cuando los fugitivos y naturales se encontraron en un país casi inaccesible por su topografía, pocas veces invadido, y ahora si no temido desdeñado por los árabes, y se fueron reuniendo gentes que necesitaban ya estenderse, nada más natural que organizar la resistencia; y así como el humilde y retirado portal de Belem fué la cuna del cristianismo, un pobre rincón de Asturias lo fué de la monarquía española, que nació espontánea, libre y vigorosa; «arrojando el yugo, no recibiendo; combatiendo y no doblando la rodilla, armada como salió Minerva de la cabeza de Júpiter, y como debe nacer toda verdadera soberanía (1).»

Al frente don Pelayo (2) de los refugia-

(1) Sabau.

(2) Desde este monarca, y aun desde Rodrigo, dan nuestros historiadores el título de Don á los reyes. Trelles, Garibay, Ambrosio de Morales, Mendez Silva y otros, dicen que el primero que le usó fué Pelayo. Sota cita una escritura de este rey que vió en pergamino suelto y letra gótica, muy dificultosa de leer, en el archivo de la colegial de Santillana que empezaba: *In Dei nomine etc., etc.* Ego don Pelayo.... luego cita *ad Abbate don Pedro, etc., ad seniores etc.* El estilo de esta escritura no es la mejor garantía de su veracidad. Algun-

dos en Asturias, aunque él tuviera venganzas que satisfacer, injusticias que reparar ó promesas que cumplir, es lo cierto que batió tambor y levantó estandarte; y el que con entusiasmo fué aclamado por jefe, supo con valor é inteligencia guiar sus soldados á la victoria.

Alguna importancia debió tener este suceso cuando un ejército musulman sale en su busca, y confiado en sus fuerzas ó en la débil inferioridad del enemigo, llega hasta Cangas de Onís, y siguiendo las márgenes del río, por entre gargantas estrechas se atreve á dar vista á la enorme roca de colosal altura donde aun existe la cueva de Covadonga, que infunde al que la visita admiración y respeto. Existe allí una pequeña cuenca limitada por tres cerros; allí se comprende fácilmente que un pequeño número pueda resistir y vencer á otro grande; allí se ve finalmente el maravilloso triunfo de Covadonga, y se esplican el de las Termópilas, el de Maratón y el de las Horcas Caudinas. El mismo número de los enemigos, embarazaba sus movimientos, y los cristianos cercándolos por todas las alturas, arrojaban piedras en tal cantidad y tan enormes, que las montañas parecían desgajarse sobre los invasores á quienes sus propias flechas herian al rebotar en las rocas. Y como si esto no fuera bastante, vino el cielo en auxilio de los defensores de la cruz, ayudándoles con una tormenta que no podían menos de mirar como fatal presagio los infieles, á quienes aterraba lo horrísono de los truenos retumbando con fragor por montes y riscos, desplomando sobre ellos troncos y peñas, formando torrentes las lluvias por todas partes, hasta convertir el humilde Deva, en caudaloso río y sepultura de muchos musulmanes.

Casi todos perecieron: la victoria no

nos suponen posterior el uso del Don, pero es evidente que desde los primeros Alfonsos ya se usaba, no solo para los reyes, sino para personas principales, pues en un documento de este mismo siglo VIII se lee: *que damus ad doña Eto....* Escritura de fundación de Santa María de Obona.

pudo ser mas completa: la nacionalidad española y la monarquía no podían tener mejor principio, pues hasta el cielo mismo quiso pelear con los españoles. ¡Qué mucho que se exaltara la fé de aquellos héroes! ¡qué mucho que poniendo su esperanza en Dios, y tremolando el lábaro de la Cruz desafiaran el poder de los musulmes! Allí presentaron el ejemplo de lo que puede la fé, el valor y el patriotismo, allí plantaron los laureles con que habían de tejerse las coronas inmortales de las Navas y el Salado.

La victoria colmó de júbilo y de entusiasmo á los vencedores, los cuales alzaron sobre el pavés á don Pelayo, aclamándolo rey en el sitio que hoy se enseña á los viajeros, como también el campo donde le juraron, no lejos del pueblo de Soto.

No era esta monarquía continuacion de la destruida en Guadalete, sino en el nombre. La de Covadonga nacia espontánea y victoriosa, la creó el pueblo, y don Pelayo tenía derecho á llamarse y era de derecho rey, no de Asturias, sino de España, porque le eligieron los refugiados de todos los pueblos, los representantes de todos los puntos invadidos, como se consideraban y eran prelados de sus diócesis los veintitantos obispos que se guarecieron en Asturias. La monarquía española reúne este timbre más de gloria: es hija del poder y de la victoria, nació entre laureles y creció con triunfos y grandeza. En adelante, la veremos conquistar con su sangre su nacionalidad y la libertad de los pueblos; pelear con los señores para emancipar á los siervos y hacerlos ciudadanos, y dar idioma, y leyes, y civilización á España.

Al ruido que produjo el triunfo de Covadonga, acudieron nuevos fugitivos, y fué creciendo aquella monarquía que necesitó ya extenderse al ser regida por Al-

fonso I, cuya ardiente fé mereció el sobrenombre de Católico, y cuyos hechos pudieron darle el de conquistador así como le dieron el de *Victorioso*. Continuator de la obra de Pelayo, — porque aunque entre ambos había mediado don Favila, empleó éste los dos años de su reinado en el ejercicio de la caza, — era don Alfonso el jefe que necesitaba aquel naciente estado. Político profundo y hábil guerrero, dejó la gente productora en Asturias, y con la de armas invadió á Galicia y á Portugal, asoló los antiguos Campos Góticos, hoy Tierra de Campos, y llevó sus armas victoriosas hasta Nájera por el Oriente y hasta Guadarrama por el Sur. Apenas se comprenden tan maravillosas algaradas sin tener en cuenta el valor de Alfonso el terrible, el *matador de hombres*, el *hijo de la espada*, como le llaman los historiadores árabes, y el heroísmo de los que le seguían. Era una raza nueva que se levantaba gigante en el valor, en la fé y en el patriotismo. Conquistó más de cuarenta poblaciones de importancia, abandonando luego unas, destruyendo otras y conservando y reparando las inmediatas á su reino, para agrandarlo. Fundó villas, levantó castillos, erigió monasterios, dotó templos; en una palabra, dió estension y gloria á la monarquía, culto y brillo á la religion, y fama eterna á su nombre.

Entre el primero y segundo Alfonso, reinaron Fruela, Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo. El primero de estos, de áspera condición é irritable genio, alcanzó victorias que no se espresan, sujetó á los vascos rebeldes, prohibió el matrimonio de los sacerdotes, fundó á Oviedo alrededor de una ermita que erigió un monje, y asesinó á su bondadoso hermano, siendo él, á su vez, asesinado por los grandes del reino. Aurelio, Silo y Mauregato, apenas dejaron historia, y la de Bermudo consiste en haber conocido el mérito de don Alfonso, y cedídole el reino de la tierra por re-

tirarse á ganar el del cielo, cumpliendo las obligaciones que como diácono tenia. Parecia providencial que desde el Católico se sucedieran tantos reyes, que, si no esterilizaron las anteriores conquistas tampoco ensancharon los límites del reino, aun contando con más elementos que Alfonso I, como lo mostró el segundo: diríase que esta gloria estaba reservada á los Alfonsos, y que se necesitaba el advenimiento de otro, como si su solo nombre fuera ya un feliz presagio para la monarquía.

En efecto, Alfonso II es el tercer restaurador de España. Aumenta y engrandece el reino con expediciones atrevidas y gloriosas, triunfa de los árabes en Lutos, Naharon, Zamora, Benavente y Santa Cristina, conquista á Lisboa, asienta en Oviedo la corte que ya no cabia en Cangas ni en Pravia, embelleciéndola y fortificándola, lega la famosa Cruz de los ángeles y el cuerpo y el templo del Apóstol, y supo ser tan buen rey como famoso guerrero, pues peleó, gobernó y atendió con celo paternal á las necesidades morales y materiales de los pueblos, dejando tan grata memoria de sí, que aun hoy se contemplan con veneración sus restos en la capilla del rey Casto.

No era ya de esperar que despues de Alfonso II se eligieran reyes incapaces de seguir sus huellas; así, pues, aunque digno don Ramiro del trono de los Alfonsos, reinó solamente ocho años, ocupando gran parte de su reinado las ambiciones y disturbios interiores.

Sucedíole don Ordoño que empieza sujetando á los vascones alaveses, insurrectos á cada cambio de dinastía, prueba de que no eran independientes, triunfa del renegado Muza en Laturce, cerca de Clavijo, toma ciudades y castillos, penetra victorioso en la Lusitania, hasta devastar la comarca de Lisboa, y llamado el Padre del pueblo por su piedad y virtudes, lo fué tambien del gran Alfonso III.

ANTONIO PIRALA.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

LA VIRGEN MARIA.

I.

Al comenzar despues de veinte y cinco años, una nueva serie del MUSEO DE LAS FAMILIAS, damos á nuestros lectores, que por espacio de un cuarto de siglo nos han venido acompañando constantemente, una estampa de la Virgen María, copia del inmortal Murillo, y nos proponemos hacer un estudio sobre la Santa Madre del Salvador del Mundo.

La Europa es únicamente deudora al Evangelio del imperio que ejerce sobre los destinos del mundo. Del Evangelio ha sacado su superioridad intelectual y moral, la mansedumbre progresiva de sus costumbres y la perfeccion de su leyes; la grandeza de sus instituciones, aun las esperanzas que tiene para el porvenir. Si pudiésemos caer en la decrepitud, seria perdiendo el Evangelio; si los pueblos mas ó menos bárbaros del Asia, del Africa, de las Islas Occénicas, del nuevo continente se sentasen un dia, como no hay que dudarlo, en el banquete de la civilizacion, seria unicamente por haber aceptado en aquel dia el Evangelio, inseparable ya de cuanto hay de grande en el universo.

A diferencia de las cosas humanas, á quienes queda menos vida á medida que mas han vivido, el cristianismo, puede dar sus pasadas victorias como garantía de sus futuros é incontrastables triunfos. La razon de esto, es mas alta que la esfera en que sus impotentes impugnadores, van á buscar sus ilusorias críticas: lo que autoriza á decir que el cristianismo es una revolucion definitiva, es la elevacion y la santidad de su principio. Para los creyentes no hay duda en esto: para los demás, que pregunten á la historia y que juzguen.

En efecto, el cristianismo no fué una renovacion de formas políticas y sociales,

ni uno de esos accidentes que afectan la superficie de los estados: renovacion y accidentes que comienzan por perder su prestigio y retroceder en cuanto acaban de manifestarse.

Fué sobre todo, y mas que todo, un cambio de los corazones, es decir, para cualquiera que reflexione, una revolucion que viene de mas alto que de la criatura, y que desciende hasta las profundidades de la conciencia, último valladar donde puede defenderse la libertad del hombre, y precisamente por eso esa revolucion es tan radical en sí misma, y tan estensa en sus resultados.

El punto particular sobre que tal vez es mas fácil estudiar este efecto, es la rehabilitacion de la mujer, tan cruelmente abatida entre las naciones paganas; tan maravillosamente realzada entre las naciones cristianas. Este prodigioso cambio, no depende únicamente, como se cree de ordinario, en que el cristianismo ha regenerado la conciencia mostrando la verdad á una luz mas clara, depende sobre todo de lo que dice el cristianismo de la redencion del hombre por la sangre de un Dios. En virtud de ese dogma, la dignidad del alma humana, llega á un nivel tan elevado, que á su altura todas las cualidades, todos los defectos del cuerpo, todas las distinciones políticas, todas las desigualdades sociales, no conservan sino una importancia secundaria.

Tocada con la sangre divina derramada en el Calvario, brilla nuestra naturaleza con un resplandor que cubre y rechaza en segundo término, las gracias y las formas del cuerpo: brilla por encima de la belleza mas acabada, como al través de los miembros marchitos por el padecimiento. Preciso es, decirlo: solo la fé en esta certidumbre, colocando la debilidad bajo la proteccion del derecho, y los sentidos bajo la ley del deber, ha devuelto á nuestras madres, á nuestras hermanas, á nuestras esposas, la herencia de su grandeza original, y de la magnificencia de su destino.

Empero á toda idea corresponden me-

dios prácticos por donde es visible, y entra en el orden de los hechos. El culto de la Virgen María, fué tal vez el medio mas eficaz de los elegidos por la sabiduría de la Iglesia: resulta de la doctrina general del cristianismo que consagra la supremacia del espíritu sobre el cuerpo, y la sujecion de los sentidos al alma bautizada, debia á su vez favorecer el desarrollo de la doctrina evangélica sobre la castidad, inspirar á toda criatura humana el respeto de sí misma, y transformar así de una manera lenta pero inevitable, primero la familia, en seguida la sociedad. Esto es lo que ha sucedido; y ninguna lengua mortal puede espresar todo lo que ha producido para la gloria del cielo y de la tierra el culto de Maria, esposa de un carpintero de Nazareth, superior á las mas ilustres mujeres, por el brillo de sus virtudes; igual á la mas pobre, por la humildad de su condicion; mas pura que todas las vírgenes, de que es el ejemplo y la patrona; mas compasiva que todas las madres, de que es la protectora y el apoyo.

Cuando llegaron los tiempos marcados por la misericordia de Dios, realizó la palabra pronunciada por un profeta: «Caerá con sus cedros el Líbano, empero un retoño nacerá de la estirpe de Jessé: se levantará una flor de sus ruinas, y en ella reposará el espíritu del Señor.» Esta dulce y querida expectativa de un reparador, del que se halla una tradicion en todas las comarcas de la tierra, era conservada sobre todo con fidelidad por el pueblo hebreo. Y en efecto, despues de cuatro mil años de aguardar, nace María, que debia ser madre del Creador. María tuvo por padre á Joaquín, de la tribu de Judá, y de la raza de David, y por madre á Ana, que se cree haber sido de la tribu de Leví. Toda la antigüedad eclesiástica, ha glorificado el nacimiento de María, y desde los mas remotos siglos la Iglesia lo celebra por una fiesta especial colocada en el dia 8 de setiembre. Mas todavía, ha instituido la fiesta de la Concepcion, como para apresurarse á honrar á Maria desde que comenzó á exis-

tir, no pudiendo mostrar de una manera mas espresiva todos los elogios gloriosos que quiere tributar á la ilustre madre de un Dios oculto todavía

María dedicada al servicio del templo, á la edad de los tres años se consagró irrevocablemente á Dios. Este recuerdo ha querido perpetuarlo la Iglesia instituyendo la festividad de la *Presentacion*, fijada para el 21 de noviembre. Esta fiesta celebrada en Oriente desde el siglo IX, fué establecida en las iglesias occidentales únicamente en el siglo XVI por Gregorio XI, en vista de las solemnidades usadas en la Grecia por la presentacion de la Virgen María.

Antiguas autoridades hacen creer que permaneció María algunos años en el templo ocupándose en la oracion y el trabajo de sus manos. Este hecho nada tiene de imposible, al ver por una parte á Josabeth, mujer del gran sacerdote Jocada, ocultar á su lado en el templo al jóven rey Joas con su nodriza para librarle del furor de Athalia, y por otra parte, que la profetisa Ana, hija de Phanuel, habitó constantemente á la puerta del templo. Bien sea que la infancia de María se haya pasado en la casa de Dios, ó que Joaquin y Ana hayan vuelto á llevar á la dulce amiga del cielo á su humilde morada de Sephoris, en Galilea, no hay duda de que María vivió en el retiro conversando por la meditacion con su Criador, y practicando con sencillez y en un perfecto grado los deberes y las virtudes de su posicion.

María fué desposada, casada despues con Joseph, que era como ella, de la tribu de Judá y de la raza de David. Se dice que era el jefe y el principal heredero de aquella dinastía destronada. A pesar de aquel origen ilustre, estaba reducido á ganar su vida con el trabajo de sus manos; los antiguos espresan positivamente que se ocupaba en construir arados, en cortar ó trabajar los árboles, en todas las obras de carpintería propias para la construccion de casas. En esto pensaba el sofista Libiano cuando preguntaba á un cristiano para burlarse de Jesucristo, que era lo que ha-

cia el hijo del carpintero, y el cristiano le respondió: hace un féretro para tu alma.

El suceso, como se sabe, verificó esta réplica: porque en aquel momento mismo cayó Juliano el Apóstata herido de muerte en una batalla contra los persas; y el hijo adoptivo del carpintero sepultaba en una comun fosa al emperador y al paganismo.

Hacia dos ó tres meses que José y María se habian retirado á Nazareth, disfrutando aquella calma, aquella paz que da Dios á sus amigos; viviendo en el trabajo y en la oracion, ocupándose María de los cuidados interiores reservados á una mujer del pueblo, trabajando José en su humilde taller, cuyo sitio ha conservado una piadosa tradicion. El idumeo Herodes, declarado por los romanos rey de los judíos, afectaba consagrarse á grandes cosas, y mostró una magnificencia que le valió, en efecto, el sobrenombre de *Grande*. El emperador Augusto gobernaba á Roma y al mundo en entera paz, cuando el ángel Gabriel fué enviado á María, la mas santa, la mas pura de todas las virgenes para anunciarla que concebiria en sus castas entrañas al Verbo Eterno, al hijo de Dios hecho hombre.

El ángel enviado del cielo entra en el lugar en que se hallaba María; diciéndola: «Yo os saludo, llena de gracia, el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres.» Jamás elogios semejantes habian sido dados por una boca celeste á criatura alguna. En lugar de tener una vana alegría, María en su humildad se turba. Inquieta, piensa de donde pueden venirle tan gratas alabanzas. «No temas, María, añade la voz, porque has hallado gracia ante Dios: concebirás en tu seno, y parirás un hijo á quien darás el nombre de Jesús: será grande, y se llamará el hijo del *Altísimo*, y el Señor le dará el trono de David su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob; y su reinado no tendrá fin.»

Tales son las divinas palabras con las que el ángel anunciaba á María el mas admirable, el mas inefable de todos los misterios.

Y estas palabras tuvieron su cumplimiento, porque el hijo de María apareció como el término de las esperanzas del antiguo mundo; después de haber dado pruebas irrecusables de su misión abrió los tiempos nuevos con tal santidad de vida, con una muerte y una resurrección tan prodigiosas que el universo entero se cambió, sacó la espada para atacar ó sufrió la muerte para defender la doctrina de aquel poderoso renovador. El hijo de María es saludado y adorado hace diez y ocho siglos como el hijo del *Altísimo*, y reina sobre los espíritus; por la verdad que les comunica sobre los corazones; por la caridad cuya llama mantiene viva; sobre los afectos é instituciones de las sociedades modernas, porque las anima, y conserva el espíritu cristiano. El hijo de María dominará el porvenir, como ha dominado el pasado, porque es la vida íntima de lo presente: sépase ó ignórase esto.

Asombrada de tan grandes cosas, empero no dudando del poder de Dios y de la verdad de la palabra que oía, pregunta María como se verificarían semejantes maravillas habiéndose consagrado á Dios sin reserva y para siempre. La voz respondió: «Vendrá sobre vos el Espíritu santo, y os cubrirá con su sombra; y por eso el que nazca de vos será llamado hijo de Dios.»

Para la purificación de ella misma, y para dar una prueba inmediata y sensible de la verdad de las cosas que anunciaba, añadió la voz del ángel hablando á María: «Vuestra prima Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y se halla ya en el sexto mes de su preñado la que hasta hoy era llamada estéril, porque nada es imposible á Dios.»

María respondió con aquella palabra que hizo bajar el Verbo del cielo, y que resuena al través de tantos siglos: «He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según vuestra palabra.» La pobre mansión de Nazareth se halla situada en una iglesia, y su santuario subterráneo de que forma darte. La iglesia es una nave de tres pisos neima del altar, una escalera de algunos,

escalones conduce á una capilla iluminada con lámparas de plata, formada por una roca naturalmente abierta á boveda, y á la que el arte ha impreso su última forma. En esta roca, según refiere la tradición, se hallaba apoyada la casa donde resonó la salutación angélica. ¿Quién no ha deseado arrodillarse sobre aquel suelo, besar aquellas piedras, y llevar el recuerdo de todas las memorias que Dios ha hecho tan queridas, y atraer sobre los males de la humanidad la compasión de Aquel que hizo oír allí los gemidos de la débil infancia, y vertió las primeras lágrimas?

Desde que el Hijo de Dios se formó él mismo un cuerpo de la más pura sustancia de su santísima Madre, la inspiró el deseo de ir á visitar á su prima Isabel, y mostrar por esta acción, que su caridad igualaba á la grandeza de su destino. María no emprendió aquel viaje sino para facilitar á su prima, y servirla con una amistad pura y atenta: atravesó la Judea en toda su longitud, si como se piensa Isabel vivía en Hebron. Pareció además que el encuentro de aquellas dos nobles mujeres era conducido por el espíritu de Dios: Isabel conoció proféticamente el misterio de la encarnación que le ocultaba la modestia de la Virgen, y se reputó feliz con recibir á la madre de su Señor. «Bendita tu eres entre todas las mujeres, la dijo, y bendito es el fruto de tus entrañas.» Entonces María combatiendo aquellos elogios con el sentimiento profundo de la humana debilidad y de la misericordia divina, pronunció aquel cántico sublime que ha sido llamado la gloria de los humildes y la confusión de los sabios.

«Alma mía, glorifica al Señor: mi espíritu se estasia en Dios mi Salvador:

»Porque ha mirado la humildad de su sierva, por eso las naciones me llamarán en lo sucesivo bienaventurada:

»Porque ha hecho en mí grandes cosas. El que es el solo poderoso, cuyo nombre es santo.

»Su misericordia se derrama de edad en edad sobre los que le temen:

»Ha desplegado la fuerza de su brazo, y disipado á los que se henchian de orgullo en los pensamientos de su corazon.

»Ha derribado á los poderosos de su trono, y ha ensalzado á los humildes.

»Ha hartado de bienes á los hambrientos, y ha enviado á los ricos con las manos vacías.

»Ha tomado posesion de Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo habia prometido á nuestros padres, Abraham y su raza por todos los siglos.»

Este himno, tan noble en su sencillez, ha sido siempre mirado como el cántico de triunfo de la humanidad regenerada. Por eso la Iglesia lo recita de pié con un ceremonial particular, con un tono de victoria, con las aclamaciones unánimes del pueblo fiel que ratifica las palabras de la Virgen llamándola *Bienaventurada*, y toma parte en sus alegrías y en su gloria cual una herencia legada por una madre.

Permaneció María cerca de tres meses en casa de su prima Isabel, cuidándola con el mayor esmero y placer, y tributándola los deberes de la caridad. Despues se despidió de ella, y regresó á Nazareth, donde el mismo Dios acudió en su auxilio, é hizo conocer á José el misterio de la encarnacion, y el próximo nacimiento de Jesus, Salvador de los hombres:

«Este es el cumplimiento, añadió el enviado celeste, de lo que fué dicho por el profeta Isaias: Concebirá una vírgen, y parirá un hijo que se llamará *Manuel*, es decir, *Dios con nosotros*.»

EL CONDE DE FABRAQUER.

BOSQUEJO

DEL MUNDO PASADO Y EL MUNDO VENIDERO.

PENSAMIENTOS FILOSOFICOS.

¿Ha sido siempre este mundo lo que es, y es lo que será? ¿En dónde están los Asirios, los Medos, los Partos, los Bactria-

nos?..... ¡Han desaparecido de la faz del orbe la orgullosa Babilonia, la voluptuosa Nínive, Tebas de las cien puertas, la opulenta Palmira!..... ¡Los restos miserables de esas grandes ciudades se han convertido en cuevas de animales feroces, y durante la noche los buhos hacen resonar en la soledad el eco de sus tristes lamentos!... ¿Qué esqueletos son esos?..... ¿Vivieron, pues, en la Siberia, vivieron en esos climas tan glaciales los elefantes, que viven hoy en los climas mas calurosos del Africa y del Asia?..... ¡Ah, el Ente Supremo creó la materia de la nada, la dió impulso, la sometió á leyes especiales, y para que nuestro globo no quedára sepultado en las tinieblas, dijo aquellas palabras memorables, consignadas en el Génesis: *Fiat lux*, y el sol apareció con sus refulgentes rayos en el firmamento! Pero, tú, astro alumbrador del dia; tú, que das fuerza y vigor á toda la naturaleza; tú, que lo animas todo; tú, que desde el dia de la creacion te has manifestado siempre en toda tu gala, no resplandeces con igual viveza en toda la tierra, y es mucha la variedad de los climas. Los que hoy son frios y helados, no dejarían de ser en tiempos muy remotos y anti-históricos cálidos y ardientes por haberse inclinado el eje de nuestro globo; y en donde viven hoy los feroces osos blancos y los renos pacíficos, hubo en otras edades elefantes, panteras, tigres y leones.

Los helenos son niños, dijeron los sacerdotes egipcios á Platon, y entonces fué tal vez, cuando ese gran filósofo, pensador mas profundo que todos los demás sábios de la docta Grecia, se atrevió á afirmar y sostener con ahinco, que habia existido en tiempos anteriores á todas las historias un vasto continente, habitado por hombres muy civilizados, y maestros de toda la humana estirpe. Su nombre fué la *Atlántide*, y quedó sepultada, á consecuencia de un gran cataclismo geológico, en los abismos insondables del mar. Algunos filósofos modernos han calificado de delirio científico este aserto de Platon; y una sonrisa sarcástica desflora todavía los labios de los que leen

en los libros sagrados de la India, que sus Brahmanes reconocen cuatro grandes edades con el nombre de *yugas*, y que atribuyen á cada una de ellas un período tan dilatado, que las cuatro reunidas ascienden á millones de años. Suponen además que al fin de cada *yuga* sucederá en la naturaleza un trastorno tan universal, que hundiéndose en un abismo todo lo pasado, no quedan vestigios de las épocas anteriores.

La *Atlántide* de Platon, y aun mas las cuatro *yugas* confirman y dan mas ensanche, á mi entender, á las palabras de los sacerdotes egipcios, porque ambas cosas me llevan á conjeturar, que en los tiempos anteriores á todas las historias mas antiguas, ha habido horrendos cataclismos, y que borradas todas las huellas de una civilizacion muy avanzada, el corto número de hombres, que pudieron salvarse á duras penas en tanta catástrofe, se vió sumido de repente en la mas lastimosa barbarie, no quedando mas á los venideros que una oscura y confusa reminiscencia de una civilizacion enteramente perdida.

Este mundo llegará á su término, porque así nos lo ha dejado dicho el Redentor divino. Pero ¿quién puede afirmar con certeza ó con visos de alguna probabilidad, que en el lugar que ocupa hoy la tierra en la inmensidad de los espacios, no hubo mundos anteriores? ¿quién puede ser tan osado, que lanzándose en las tinieblas espesas y misteriosas de los tiempos pasados, se atreva á afirmar que todas nuestras invenciones y todos nuestros descubrimientos llevan el sello de una verdadera originalidad, no habiendo existido jamás pueblos tan civilizados, como los que por sus muchos adelantos figuran hoy en el antiguo continente y en las dos Américas?

Los siglos de la humanidad son momentos para la naturaleza; y cuando Napoleón I, arengando á sus soldados, les dijo en Egipto: *¡Cuarenta siglos os miran desde lo alto de estas pirámides!* dió á los franceses la idea mas majestuosa y triste á un tiempo de las vicisitudes de las naciones en este valle de miserias en que vivimos.

¡Colon, arrodillado ante tu sepulcro, medito y contemplo la grandeza del genio!..... ¡Génova, Venecia, Francia, Portugal te llamaron loco! Pero ¿puede el genio ser comprendido por las almas vulgares? —No, y siempre no.—Tú, Isabel la Católica; tú, acompañada del fiero león de Castilla, cuyos rugidos, despues de haber llegado hasta la Alhambra, hicieron desplomar los muros de Granada, como las tropas de Josué los de Jericó; tú, dotada de genio igual al del descubridor de las primeras tierras americanas, le alargastes tu mano benéfica y poderosa.

¡Colon, mucho te debemos nosotros, y aun mas te deberán las generaciones futuras! Los dos hemisferios han completado el mapa colosal del globo en que vivimos; y á los viajeros modernos mas osados, á los navegantes mas atrevidos, les queda únicamente la posibilidad de descubrir algun nuevo islote, algun pedazo de tierra todavía ignorada, alguna playa desierta. Pero ¿no podrá nuestro globo ó disminuir ó engrandecerse en la larga serie de los siglos venideros?..... ¡Ah, ni los naturalistas ni los astrónomos mas doctos y profundos en la ciencia podrán emitir acerca del particular una opinion apoyada en bases sólidas! Si un cometa, pasando muy próximo á la tierra, la atrae con fuerza por ser su mole mayor que la de nuestro globo, ó si este le atrae por ser menor la del cometa, las generaciones sucesivas se encontrarán ciertamente en un mundo mas estenso y dilatado que el nuestro. Pero, si un cataclismo geológico muy general sepulta en las olas tempestuosas del mar una parte de nuestro globo, ó si esta, separándose con violencia, llega á perder, lanzada en el espacio, su centro de gravedad hácia el orbe terrestre, para caer, con el trascurso de los siglos, sobre uno de los cuerpos inmensos, que tachonan el firmamento, convertida tal vez en una lluvia de aerolitos, entonces nuestro globo disminuirá de mole.

Los huracanes y los cataclismos parciales muy frecuentes en el nuevo hemisferio; el que separó en tiempos anti-históricos la

Sicilia del Continente, formando el estrecho de Mesina, como está casi probado por los mejores geólogos; el que hizo desaparecer en el Perú, hace poco mas de setenta años, una entera ciudad situada á orillas del mar; el que devastó la Persia por los años de 1818, y que duró cerca de seis horas; el que causó últimamente una gran mortandad en la isla de las Tórtolas; el pedazo de la luna que ha desaparecido, segun afirman nuestros astrónomos, despues de haber observado atentamente este astro con sus grandes telescopios; la multitud de diluvios parciales de que nos habla Boulanger en sus *Antigüedades reveladas*; la obra sobre *La Periodicidad de los diluvios*, publicada por H. La Hon en 1858, nos ponen de manifiesto la posibilidad de un cataclismo muy general.

¡Ah, no permita Dios, una tan horrenda catástrofe!.... ¡un acontecimiento tan terrible y extraordinario produciría una larga serie de calamidades y consecuencias muy funestas! ¡qué cambio de climas! ¡qué destruccion de hombres y animales! ¡Cuántos nuevos mares! ¡Cuántas nuevas montañas! ¡Desaparecerían de nuestro globo todas esas magníficas metrópolis, que causan hoy maravilla y asombro al curioso viajero! ¡Desaparecerían la comercial y opulenta Londres, el voluptuoso y galán París, la linda y deliciosa Florencia, la encantadora Parténope, en cuyos mares vivían las fabulosas Sirenas, la magestuosa Madrid, capital en tiempos no muy remotos de una gran parte de ambos hemisferios!.... ¡No permitais, Dios eterno, una tan horrenda catástrofe!... ¡El reducido número de hombres, que sobreviviera, se vería sumido de repente en la mas lamentable barbarie, en el mas espantoso aislamiento!.... Espulsemos de nuestra mente estas ideas lúgubres y tenebrosas, y vamos á hablar del porvenir del mundo tal como está.

¡Infortunados los mortales, que abrieron los ojos á la luz del dia antes de bajar de las esferas celestes el Redentor del mundo! Pero ¿quién puede penetrar los

profundos é inescrutables juicios del Ente Supremo?.... El catolicismo ha derramado por do quiera sus luminosos rayos; el catolicismo ha sido el solo y único punto de partida de la verdadera civilizacion; el catolicismo, sin quebrantar el gran principio de autoridad, ha dado impulso á la humana sabiduría, guiándola por la senda saludable del verdadero progreso; y nosotros que hemos tenido la suerte de nacer en su seno, glorifiquemos al Dios Eterno, y lamentando la suerte de los antiguos paganos y de todos los pueblos idólatras, adorémosle en el silencio, sin atrevernos á descubrir con sacrilega mano la cortina misteriosa, que le oculta á los ojos de los mortales.

Pero ¿qué asombroso y triste espectáculo se presenta ahora á mi vista?.... ¡Hay todavía esclavitud para oprobio de la humana raza!.... Sí: la hay; pero no es la esclavitud antigua, ni entre pueblos cristianos el hombre puede matar impunemente al hombre. Sí: la esclavitud existe todavía; pero nadie se atreve á pronunciar con serenidad feroz estas palabras de una dama romana, que despues de haber rechazado con indignacion las súplicas de sus amigos en abono de un pobre esclavo, á quien habia mandado quitar la vida sin motivo ninguno, contestó: «Un esclavo es menos que un animal, y quiero que muera porque así se me antoja (1).» Sí: la esclavitud existe todavía; pero se encamina á su total desaparicion. El Evangelio, ese libro divino, calificado por los impíos de insensata novela; ese libro, que el doctor Strauss, y su bufon imitador, Ernesto Renan, han intentado destruir, reproduciendo los sofismas ridiculos de los neoplatónicos de la escuela de Alejandria, refutados victoriosamente por Orígenes contra Celso, por San Atanasio y por otros santos y doc-

(1) Véase la obra francesa de L. M. Moreau, titulada: *Del derecho á la ociosidad, ó de la organizacion del trabajo servil en las repúblicas griegas y en la romana*, París, 1849. En este libro, clásico en su género, el autor despliega á la vista de los lectores la horrenda tela de la esclavitud antigua.

tores de la iglesia primitiva; ese libro ha dado un nuevo aspecto al mundo. Pero la fisonomía que tiene hoy la humanidad; esa fisonomía tan distinta de la de los pueblos, que vivieron en siglos muy remotos, sumidos en el lodazal de las mas lastimosas supersticiones y de los errores mas abominables del gentilismo; esa fisonomía no ha llegado á adquirir aun toda su belleza.... ¿Y cómo y cuándo la adquirirá?... El problema es árduo y muy difícil de resolver; pero que se presenten á mi tribunal los siglos pasados y los venideros: quiero interrogarles.

El gran vate y filósofo, Torquato Tasso, reprodujo en su inmortal poema, la *Jerusalén Libertada*, estas palabras, repetidas ya anteriormente por otros sábios: *El mundo envejece empeorando*.

Si dirigimos nuestras miradas al inmenso cuadro histórico de los vicios, que amancillaron las generaciones pasadas, no cabe duda, que el fraude, el engaño, las voluptuosidades y los deleites mas criminales y lascivos han tomado hoy el barniz de cierta falsa y condenable delicadeza, que pervierte y corrompe los corazones con mayor facilidad que en los primeros siglos del mundo. Bajo este punto de vista los vicios, que acabamos de mencionar, y otros muchos son mas perjudiciales en nuestra época que en las anteriores; y el dicho del gran vate no es del todo falso ni fantástico. Pero á los pueblos, que florecieron antes de la Ley de gracia, no fué dable ni hacedero hermanar su civilización con los principios de la mas perfecta moral, porque sus creencias religiosas, que degeneraron por último en el mas grosero ateísmo, carecían de las bases en que la moral se funda. Ahora bien, la gran doctrina de que todas las verdades no dejarán de realizarse, mas ó menos lentamente, tanto en el orden físico, como en el moral, no necesita comentarios ni demostración ninguna, porque se apoya en la experiencia de todos los siglos: es cierto, pues, que el Evangelio, fuente inagotable y perenne de todas las verdades y de toda sabiduría,

hermanará, andando el tiempo, cada vez con mas fuerza y ahinco, la ciencia con la religion del Redentor del mundo, y con la mas acrisolada moral.

Sábemosdemasiado, que los hombres no se convertirán jamás en ángeles, y estamos muy lejos de adoptar, como moneda corriente los ensueños y delirios de los Milenarios, que esperan, llegado el mundo á su término, el reinado de la mas perfecta justicia, durante mil años, sin mas monarca que el hijo del Eterno, ni mas ley que la suya. Pero á pesar de todo, y sin inclinarnos á las vanas utopías de una paz perpétua, proyectada, aunque irrealizable, con ánimo filantrópico por Saint-Pierre, no vacilamos en afirmar con los mejores teólogos y los filósofos mas sensatos, que llegará una época de menos vicios y mas virtudes en este valle de miserias y aflicciones.

El ilustre Balmes, hablando en el tomo primero de su *Protestantismo* del horrendo suplicio del fuego, que tanto se prodigaba en tiempos pasados, se espresa con corta diferencia en esta forma: «Ese suplicio era cruel y terrible, no lo niego; pero debemos atribuirlo mas bien á la época en que vivieron nuestros antiguos padres, que á la ferocidad de un corto número de individuos. ¿Creeis por ventura que no leerán los venideros con tedio y horror las páginas ensangrentadas de nuestra historia, en que figuran el verdugo, y el fúnebre aparato de una multitud de suplicios destructores del hombre?»

La última pena se impone todavía en Europa, porque su completa abolición necesita los preparativos de un buen sistema penitenciario, que no es la obra del momento ni fácil de improvisar; pero se ha puesto sobre el tapete la gran cuestión; se discute ya con calor acerca de la abolición de la pena de muerte, y lo que parecia un absurdo hasta la primera mitad del siglo pasado, tiene hoy de su parte á muchos legisladores y doctos publicistas, que reclaman contra la destrucción del hombre, invocando en su abono los progresos y

adelantos de la civilizacion moderna.

No seré jamás el apologista de las costumbres estragadas ni de los desmanes del bello sexo; pero cuando leo en la *Ciudad de Dios* del gran doctor San Agustin estas palabras: «Las matronas romanas se presentan en público teatro con una desenvoltura y obscenidad, que causa rubor á las mismas ramerás;» no merezco crítica ni censuras, si esclamo, fijando las miradas en los deshonestos amoríos de nuestro siglo: «Hay todavía mucha corrupcion en el mundo; pero nuestras costumbres no son tan estragadas como las de la antigua Roma.» Digo lo propio, acompañando mis palabras con una sonrisa sarcástica, cuando Juvenal me despliega á la vista en sus Sátiras la oscura tela, en que figura siempre en primer término aquella gran Metrópoli del orbe, convertida en un lodazal de impurezas é inmundicias.

En la libre, ó mas bien en la licenciosa Atenas, Aristófanes se burlaba en sus comedias de los hombres y de los dioses, presentándoles en la escena adúlteros, ruines y hasta infames. Los que han recorrido las páginas de este antiguo escritor dramático, y con especialidad las de su comedia contra Sócrates, titulada *Las Nubes*, no ignoran ciertamente que Aristófanes tuvo siempre el triste talento de dar á la calumnia y á las mas repugnantes obscenidades un oropel engañoso y seductor. Hoy el teatro es un objeto de diversion y no de sátira sangrienta, y si no es una escuela de moralidad, como muchos suponen, afecta modestia y amor á la virtud.

¿Hay por ventura alguno entre los modernos filósofos, que lleve su desfachatez hasta el extremo de ofender y herir pública y mortalmente el pudor como Diógenes y los demas cínicos? Un tal filósofo se vería hoy encerrado en una casa de locos, ó condenado á morir en un presidio.

La virginidad, dice el conde de Maistre, fué apreciada sobremanera en todos los tiempos y en todas las naciones; y nosotros juzgamos muy del caso no pasar por

alto en esta circunstancia, que el Inca Garcilaso habla en su *Historia del Perú* con respeto y veneracion profunda de las Virgenes del Sol. Pero en Babilonia y en todas las repúblicas helénicas, Venus, diosa protectora de las prostitutas y de las mas infames lascivias, tuvo sacerdotes y altares. Los sacrificios, que ella exigia, nuestra sociedad hoy los rechaza con indignacion y mucho desprecio.

Todo lo que acabamos de consignar es el mas claro testimonio de que los siglos pasados, y principalmente los anteriores á la Ley de gracia, presenciaron espectáculos mas tristes que nosotros, y que sus costumbres fueron mucho mas estragadas y corrompidas que las nuestras.

Observando, pues, atentamente la marcha de la humanidad, y los frutos muy sazonados, que ha dado el catolicismo á una larga serie de generaciones, nos vemos obligados á convenir en que esa religion santísima está destinada á cumplir paulatinamente la obra magnífica de la redencion, estendiéndola á todas las naciones y á todos los pueblos del orbe, como nos ha dejado escrito San Pablo, y á hermanar las ciencias con los principios de la mas perfecta moral, depositada en el Evangelio.

SALVADOR COSTANZO.

ESTUDIOS MORALES.

LA ENVIDIA.

Los que sienten palpar su corazón ante la presencia de una obra grandiosa, los que observan con profundo recogimiento una accion noble y se prometen imitar lo bueno, y ambicionan alcanzar el mejor grado de perfeccion por los medios que proporciona un sano estudio en combinacion con una tranquila perseverancia, son acreedores á merecer la estimacion general, porque proceden impulsados por el

plausible estímulo que germina en todas las almas honradas. El que teniendo el alma seca fija su vidriosa mirada en los que escitan la admiración de un pueblo, bien por su privilegiado talento, bien por su cristiana abnegación, y siente un mal-estar imponderable ante los laureles que se amontonan en la frente del genio y le disuenan las alabanzas que á todos inspira el bien obrar, dedicándose afanosamente á empequeñecer todo lo grande y destinando todo su tiempo para empañar lo que tiene algún brillo, ese merece la reprobación de todos y el aislamiento más implacable porque en su pecho se agita el demonio de la envidia. Evitando ser envidiosos se tiene mucho adelantado para resolver el gran problema de la felicidad. Para comprender esto de una manera más innegable no tenemos más que indicar la siguiente suposición; agrupad y reunid en un ser cualquiera, en una mujer, por ejemplo, todos los más concluidos elementos y dotes que conduzcan á la felicidad, hacedla tan bella como el primer sueño de amor, poseedora de los caudales más fabulosos de la antigüedad, supongamos que su vanidad se encuentre en el mayor grado de satisfacción, que es admirada por todos y que sus caprichos son considerados como leyes en el mundo de la moda; pues bien, si este ser tan feliz, al parecer, ha sentido alguna vez en su pecho la envenenada mordedura de la envidia, tendrá celos de la salvaje belleza de una gitana, ó la hará suspirar de pena no poseer la agilidad de la bailarina que entusiasma al público con sus impúdicas piruetas. Acostumbramos los hombres á desechar de nosotros lo que vemos que la moral rechaza y que la sociedad no consiente, y si nos fijamos un poco en el envidioso veremos con sorpresa que aquí sucede completamente lo contrario. La consecuencia que deduciremos de esta premisa habrá comprendido el juicioso lector que se amolda á los principios de la más exigente lógica, pero como la premisa podría ser falsa, estamos en el deber de probar que no es así. El envidioso, está con-

vencido de que es universalmente reprobado cuando manifiesta sus opiniones ante una colectividad, que no conozca sus sentimientos. Siempre aprovecha las parcialidades, va hablando uno á uno hasta que por este medio consigne hablar á todos. Su voz no resuena como el noble y valiente rugido del león que retumba en los desiertos, sino como el estridente silbido de la culebra que se desliza entre los matorrales; su figura es despreciable y mezquina, su color es el mismo que el que comunica el espíritu de vino inflamado á las cosas que tiene á su inmediación. Está convencido de que posee una mala cualidad porque no se atreve á manifestarla sino cuando juzga que es la ocasión oportuna. Vedle como se agita cuando el público en masa aplaude frenéticamente en el teatro cualquiera acción grandiosa, que el genio del poeta le ha presentado, no se atreve á publicar en aquella ocasión, de una manera perceptible, los sentimientos que le corroen el corazón porque está seguro que todos se volverían contra él ¡Infeliz! ¡cuánto sufre! A la vista de lo sobrenatural, inspirado en las tranquilas corrientes del bien, se conmueven las fibras más ocultas del alma, se despiertan dulcísimas emociones que hasta entonces nos eran desconocidas; pero entonces el envidioso padece, y padece de ver gozar á los demás, porque su alma está dormida para lo bueno. Padece, si, lo conoce, y no puede separarse de la enraizada atmósfera que respira, le sucede lo que á la mosca que se detiene en la tupida tela que fabricó la araña, y es porque la envidia tiene clavadas en su pecho sus cortantes garras. ¿Qué conseguimos con ser envidiosos? Inspirar la prevención de las almas generosas, y vivir condenado á un aislamiento repugnante y merecido. La envidia es una de las pasiones más innobles que se pueden albergar en el corazón, y nunca nuestras fuerzas morales están mejor empleadas que cuando se dedican á extinguir este impuro sentimiento. Pero es que la naturaleza humana presenta á su exámen contrastes muy raros é inesplica-

bles. Es digno de observar con que precipitacion y asiduidad procuramos ponernos en cura cuando la materia está enferma por cualquier causa. Conocemos que estamos bajo el dominio de algun malestar físico, que tenemos dañado nuestro organismo y nos apresuramos á llamar al facultativo y llueven las consultas y escuchamos con avidez el diagnóstico que nos revelan los hombres de la ciencia, y observamos punto por punto con la mas esquisita minuciosidad el tratamiento que nos ordenan, tomando la píldora á esta hora, el baño de piés á la otra, el sudorífico á la de mas allá, todo con el esclusivo objeto de volver á la vida con la salud que se necesita para poder gozar de sus encantos. Esta eterna perseverancia que tenemos para cuidar nuestra materia cuando vemos que sufre no es censurable por ningun concepto, pero ¿por qué no hacemos lo mismo cuando comprendemos que el espíritu padece? ¿Por qué no usamos del mismo cuidado, de la misma esquisita vigilancia para salvar nuestra moral cuando está enferma? Es decir que atendemos á lo accesorio y nos olvidamos de lo principal. Pues qué ¿no es digna de mayor atencion el alma, que es el destello que tenemos de la Divinidad que no el cuerpo formado de la tierra que pisamos? Indudablemente. Pues siendo esto así, cuando se siente el espíritu enfermo, cuando comprendemos que marcha extraviado y que gime bajo la presion de sentimientos tan miserables como la envidia, debemos llamar en nuestro auxilio al médico del alma, que en este caso es la moral, la moral que tiene principios mas fijos, mas claros, mas terminantes que los que usa el médico del cuerpo, con los cuales, esto es, cumpliéndolos ciegamente, es infalible la cura. Pues si deducimos que el espíritu es de mas fácil curacion que la materia, si hemos establecido ya de una manera innegable, ó por lo menos tal ha sido nuestro propósito, que el envidioso conoce que no hace bien al serlo y que su espíritu padece con tan villana impresion, es incomprensible como

no se pone en cura cuando tiene en su mano el remedio. La envidia se hospeda solamente en las almas pequeñas, así es que ni fuerza tienen para sacudir la esclavitud á que se ven condenadas. Cuando comprendamos que nuestra alma atraviesa por este oscuro sendero, estamos en la ineludible obligacion de sujetarla y reprimirla, porque el hombre es dueño de todas sus pasiones y al indicirlas el sendero que deben seguir, se doblegan dócilmente al poderoso impulso de su voluntad. A la vista de lo grande, de lo que es superior á nosotros, solamente debemos admitir como guía y consejero, el santo y fecundo estímulo que es el productor de todo lo bueno.

JUAN RODRIGUEZ RUBI.

PENSAMIENTOS.

La sabiduría es la flor de las generaciones, la inteligencia de la muchedumbre resumida en algunos individuos.

Los sábios constituyen la cabeza del gran ser llamado humanidad.

El talento es una magistratura; el génio sacerdocio.—*Victor Hugo*.

Las almas débiles se arrepienten de los errores; las voluntades, vigorosas los reparan.—*Minguet*.

Las personas volubles é inconstantes, son como las plantas trasplantadas muchas veces, que dan poco fruto y malo.—*Franklin*.

Aun bajo la constitucion mas libre, un pueblo ignorante siempre es esclavo.

Las felices combinaciones de la casualidad contribuyen tanto como el genio á los grandes descubrimientos.

Hay errores, sobre todo en política, que mas que de la ignorancia, provienen de la mala fé.—*Condorcet*.

La verdad á medias es un error.—*Sieyes*.